



Paola Moreno

ecran 20

1920

MP

JANET
GAYNOR



Cuando Janet Gaynor nació, alguien le marcó la frente con el sello del dolor, de un dolor real o ficticio, pero que perdura en su puro rostro de ángel.

Porque a veces, bajo sus grandes ojos donde se alberga la melancolía, entre sus labios diminutos, aparece la sonrisa. ¿Quién ha dicho que esa no es una sonrisa de resignación ante el asalto inevitable del inevitable dolor? Insignificante es su presencia, su cuerpo es pequeño, no existe, desaparece tras la espiritualidad perenne de la joven Janet Gaynor. Porque el alma, cuando sale al exterior, sólo lo hace asomándose al balcón de los ojos o valiéndose del vehículo de una sonrisa.

Y Janet es toda alma, una gran alma que vive y se mueve y sufre tras las bambalinas y el bullicio de Hollywood.

Heroína de films en los cuales su presencia sola, sus gestos, sus miradas, atraen la tragedia y la hacen re-

volotear alrededor de los temas, Janet se encuentra situada en la cúspide de la fama. Las noticias que llegan sobre su vida la hacen aparecer como una muchacha buena, sencilla, burguesa. Es imposible que esto sea cierto. Ahí están desmintiéndolo sus maravillosos ojos de dolor, pero de un dolor consciente, refinado, producto más bien de un temperamento artístico de primera fuerza. Para caracterizar a una persona, a los dibujantes les basta con un rasgo.

Para definir a Janet Gaynor sería necesario pintar sólo el alma. Pero, ¿cómo daría a entender? Queda el recurso de sus donde—digámoslo una vez más—vive toda ella, su alma, aptada de colores grises. O también la pintaría la sonrisa que suele aparecer en su rostro de flor y que no es más que la expresión más bella de su corazón doliente.